

inercia, esta desconfianza, esta resistencia que opone a las más elementales medidas de salubridad, la masa de nuestra población. Pero va siendo hora de que la disculpemos y dejemos de admirarnos de ello. Por que en el fondo, nada hay tan poco natural como la higiene.

La higiene nació de la necesidad de compensar por procedimientos racionales, el peligro que nos hacen correr las condiciones artificiales de nuestra vida estabilizada, amontonados unos sobre otros en ciudades sobrepobladas, sometidos a un trabajo excesivo, evitando cada día más toda sana actividad muscular, sacudidos por tantas inquietudes, emociones y pasiones; nuestra vida ha sido tan pronto desviada de su vía natural que nos resentimos por ello profundamente del desequilibrio, sin que nuestro instinto nos dé los medios de pararlo. Nuestra salvaguardia está en la higiene, creación de la inteligencia, criada casi por entero en los laboratorios, formulada en leyes un poco rígidas y sobre todo lentas para incorporarse al espíritu del pueblo rutinario, reacio a plegarse a prescripciones teóricas, cuyo beneficio, aunque cierto, no es inmediatamente apreciable. Hemos de tener siempre presente el espíritu de las palabras de Michelet:

«Es preciso para base de las

leyes, poner hombres vivos, hacer hombres, fundar, constituir el nuevo espíritu, por los diferentes medios; asambleas populares, diarios, escuelas, espectáculos, fiestas; crear así, en todo el pueblo el sujeto viviente de la ley, de suerte que la ley no se anticipe al pensamiento popular, que ella no llegue como una extraña desconocida e incomprensible, que encuentre la casa presta a recibirla. La ley que no esté así preparada, no aceptada de antemano, parece caer duramente en lo alto. No solamente permanece estéril, sino que opera justamente lo contrario de lo que se propone. No solamente no hay de este modo educación, sino que hay contraeducación, una educación en sentido inverso.»

Y nuestro Ortega y Gasset escribió: «Nótese que solo se estima la excelencia en las cosas de que se entiende. Solo esas excelencias, claramente percibidas, arrastran el ánimo y lo sobrecogen».

De aquí nuestras obligadas campañas en los distintos aspectos sanitarios, sin hacernos demasiadas ilusiones sobre los resultados inmediatos. Al que se le da un evangelio — como otros evangelios — encuentra más escépticos que creyentes, más renegados que mártires.

De todos modos se hace ambiente, se va sembrando y destruyendo el empirismo milenario. Sin que tengamos de-